

**Eduardo Morales Gil, *El Padre Madariaga en la Independencia de Venezuela y la Nueva Granada*, Caracas: Instituto de Teología para Religiosos (ITER), 2025, 212 páginas, precio: 9 ref.**

Pueblos americanos,  
 si jamás olvidáis que sois hermanos,  
 y a la patria común, madre querida,  
 ensangrentáis en duelo fratricida,  
 ¡ah! no invoquéis, por Dios, de gente extraña  
 el costoso favor, falaz, precario,  
 más de temer que la enemiga saña.  
 ¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre?  
 Demandar por salario  
 tributo eterno y dura servidumbre.

Andrés Bello. *El Hombre, El Caballo y El Toro*

Tomo estos versos de nuestro gran don Andrés Bello, porque reflejan la lucha permanente del hombre ante la adversidad, sobre todo cuando se trata de divergencia de opiniones que no deben conducir a la condena o al ostracismo. Hoy, que se habla tanto de los abusos de toda índole, la historia enseña las injusticias que se cometen contra quien piensa distinto y le toca recibir el desprecio de quien tiene la autoridad, abusando de ella, pues siempre tiene que haber cabida para el disenso. Demandar el salario al que se tiene derecho, sin doblegar la cerviz, fiel a los principios y a su concepción del mundo circundante, reflejan a la perfección la personalidad enhiesta de un hombre olvidado en vida y poco exaltado en la posteridad como es debido, quedando como anécdota pasajera, cuando en realidad sus gestos torcieron el rumbo de la historia del continente americano.

Con pasión, erudición y competencia, el doctor Eduardo Morales Gil, en el año bicentenario de la Independencia, remueve papeles y documentos desperdigados en ensayos históricos en los que se rinde homenaje a los grandes héroes dejando en la penumbra a otros actores que contribuyeron de forma eficaz a marcar nuevo rumbo a acontecimientos cenitales en la vida de los pueblos. Uno de esos héroes “semianónimos” fue un sacerdote de marras, que recaló en nuestras costas sin querer ni buscarlo, pero se enamoró de la Venezuela, todavía naciente, y dio mucho más de lo que se podía esperar de un clérigo nacido en tierras australes que ancló en las tórridas costas del mar Caribe.

José Joaquín Cortés de Madariaga, chileno de nacimiento, andariego por tierras americanas y peninsulares, llega por el oriente y hace tienda temporal en la sultana del Ávila. Consigue, por nombramiento de la Corona, la titularidad de una canonjía en el Cabildo eclesiástico caraqueño, canjeada por la que traía consigo para regresar a su Chile natal. La notoriedad de un gesto clave, detrás del capitán general don Vicente Emparan, el jueves santo, 19 de abril de 1810, lo lanza a la gloria de la gesta libertaria del continente americano. Otra gesta no menos importante, después de la pérdida del dominio patriota, lo llevó prisionero al norte de África, y al lograr huir, quiso volver a su segunda patria americana, Venezuela, para aupar la vuelta a la concepción de un estado federal en medio de las circunstancias adversas, en las que no había claridad meridiana del camino a recorrer en los aciagos años a partir de 1816. Venía con el aura del reconocimiento de su hazaña de parte de muchos y en particular de Simón Bolívar, todavía no consolidado como el líder máximo del proceso independentista.

En Cariaco, los días 8 y 9 de mayo de 1817, Cortés de Madariaga surgió como adalid, en la convocatoria a un Congreso que restituyera el estado de derecho, bajo la modalidad federal de gobierno. Este Congreso no resultó del agrado de Bolívar, quien postulaba la necesidad de un gobierno centralista, pues la caída de la república en los años precedentes, según él, se debió a la debilidad de un sistema que no produjo los frutos deseados. Fue tal el desagrado de Simón Bolívar

que trocó la admiración y aprecio por el Padre Madariaga en llegar a considerarlo de mente insana a quien no debía prestársele ninguna credibilidad y apoyo.

La estrella refulgente de Madariaga se fue apagando y quedando cada vez más solitario y abandonado de todos. El temple de su espíritu no se doblegó, pero lo venció la pobreza y la indigencia, falleciendo en los primeros días de marzo de 1826, en Río Hacha, en medio de “las zarzas del olvido que crecieron sobre su ignorada tumba”.

El autor del libro, en su condición de historiador, pero sobre todo nativo del oriente venezolano, reivindica en esta obra la trayectoria vital del hombre que tuvo en el oriente venezolano la corazonada de hacerse y sentirse venezolano, y en esas mismas tierras, en Cariaco, cavó la tumba de sus sueños por el choque frontal con quienes propiciaban la vía de la guerra y el centralismo para lograr la ansiada independencia de nuestros pueblos. El ciclo vital de Cortés de Madariaga refleja perfectamente, casi como una fotografía, los comportamientos sociales encontrados, conducentes, en la mayor parte de los casos, a la ruina personal y comunitaria. Su personalidad recia, frontal, dejaba escaso espacio para negociar los principios que para él eran inviolables. Su tesón lo condujo en ocasiones al triunfo, en otras, al enfrentamiento y la exclusión. Si bien podemos disentir de la fogosidad de sus diatribas y del poco pulso para buscar entendimiento, no es menos cierto que su personalidad no se doblegó en ningún momento ante el halago o la prebenda, ni dejó de cumplir, a su manera, con el ejercicio de su ministerio sacerdotal en estrecho margen con la postura política de sus superiores eclesiásticos.

La historiografía de todos los tiempos tiene la tentación permanente de exaltar a quienes están en la cúspide de los panteones de los héroes, considerados semidioses, a los que no se les puede atribuir ninguna sombra; pero la verdad debe brillar por encima de cualquier sombra y no se le debe poner sordina ni descalificar a los héroes que, por alguna circunstancia, no están ubicados en esa cúspide. Por tanto, digo que es mérito de este libro presentarnos a José Cortés de Madariaga, de

cuerpo y alma, con sus luces y sombras, pero con el interés de colocarlo en el pedestal que le debe la historia. Hacemos nuestro el colofón de esta investigación: “Su recuerdo perdura en el corazón de los hombres libres de América, y los gobiernos de Colombia, Chile y Venezuela están en el ineludible deber de fomentar el culto que, cualesquiera que hayan sido sus flaquezas y sus errores, debe tributarse al eximio patriota, al apóstol de la democracia, al héroe civil, y, sobre todo, al carácter íntegro y severo de un prócer que merece la admiración de la posteridad”.

Las páginas siguientes tienen la fascinación de recorrer una vida que de mil formas se repite en todas las épocas. Es la lección que nos deja la historia veraz, maestra de vida. Que la costumbre de demandar por salario tributo eterno y dura servidumbre, nos haga apóstoles de la libertad y la honestidad, las únicas que conducen a la igualdad y a la paz.

Cardenal Baltazar Enrique Porras Cardozo

Tomado de la *Presentación* del libro de Eduardo Morales Gil